

Estructura organizativa de los «nuevos» movimientos sociales en el País Vasco: claves para su comprensión*

José M. Fernández Sobrado
y José Enrique Antolín Iria

A. Melucci, en el prólogo al libro titulado *Política, Cultura y Movimientos Sociales* de J. Casquette, sostiene que, dado el carácter multipolar de los movimientos sociales, «si queremos comprender el significado y dirección del movimiento en cada caso particular este «magma» debe ser primero descompuesto analíticamente y después reconstruido en un sistema de relaciones significativas» (Casquette, 1998:16). La evidente complejidad y pluridimensionalidad de los movimientos sociales unido a la diversidad de formas en las que se manifiesta según las sociedades y épocas, han propiciado que gran parte de los estudios e investigaciones se concentren en la diferenciación de niveles, procesos y elementos. Así, se han ido sucediendo perspectivas de análisis y enfoques teóricos de diferente rango y alcance que, desde disciplinas como la sociología, la ciencia política, la psicología social o la historia, han contribuido a subrayar y a esclarecer determinados aspectos al tiempo que han desdibujado y oscurecido otros. La fascinación por la diferenciación de aspectos, procesos y dimensiones que a su vez vuelven a ser descompuestos para nuevamente ser subdivididos, hace sumamente difícil y arduo cualquier intento de recomposición y síntesis. Quizás por ello la imagen más adecuada para describir esta situación no es ya la de la famosa parábola clásica de los ciegos hindúes, a la que alude J. Gusfield, que colocaban su mano en una parte diferente del elefante y, en consecuencia, describían un animal distinto. Hemos sido tan concienzudos y sistemáticos en nuestra labor de «disección» que al pobre «paquidermo» no le reconocen ni sus «progenitores», dificultando cualquier intento de reconstrucción que ya no parece al alcance de la sociología, la ciencia política, la psicología social y/o la historia sino, más bien, de la «paleontología».

No estamos necesitados, precisamente, de nuevos paradigmas o de nuevas disecciones del «magma»; muestra atención y esfuerzo se tiene que dirigir de manera prioritaria a la ardua tarea de recomposición de estos sistemas de acción contruidos y multipolares que son, siguiendo a A. Melucci, los movimientos sociales.

Este trabajo se centra en esta difícil labor de «reconstrucción» tomando como punto de par-

tida la dimensión organizacional, con todas las precauciones y limitaciones que implica acentuar, siquiera analíticamente, un aspecto o dimensión. Consideramos que las pautas y modos de organización, el entramado organizativo de estos peculiares actores colectivos son elementos significativos que contribuyen a su surgimiento, mantenimiento e impacto, siempre y cuando no se consideren un rasgo aislado o un *a priori* sino un aspecto que, como cualquier otro rasgo (discurso, formas de acción etc.), se (re)construye en el curso de la acción colectiva, y, en consecuencia, es en este proceso y en su interrelación con otros elementos (marcos cognitivos, identidades, estrategias etc.) incluidos en él desde donde se puede comprender y explicar la dimensión organizacional. Sin embargo, y ya desde el inicio, conviene precisar que este proceso de construcción de la acción colectiva así como la pluridimensionalidad que entraña no puede ser aislado del contexto político, cultural y económico donde surge y adquiere sentido. Esta precisión inicial implica subrayar la historicidad de éste como de cualquier otro fenómeno social que no siempre ha sido tomado en consideración por determinadas perspectivas de análisis más allá de la esquemática división entre «viejos» y «nuevos» movimientos sociales.

En la primera parte del artículo expondremos las claves teórico analíticas que pueden contribuir a una mejor comprensión y explicación de las pautas y modos de organización de los movimientos sociales actuales. La segunda parte incluirá aquellas características más significativas de la estructura organizativa, de los modos de organización de estos actores colectivos, con especial atención al movimiento ecologista, feminista y de objeción de conciencia, situados en un contexto específico que dota de singularidad a éste y a otros rasgos de los movimientos: La Comunidad Autónoma del País Vasco.

1. «Nuevos» movimientos sociales y pautas organizativas

Los diferentes enfoques teóricos han dado un tratamiento desigual y no exento de polémica a los aspectos organizativos.

Desde determinadas perspectivas se consideran un elemento básico, un recurso fundamental que influye en la aparición, supervivencia e, incluso, en el éxito de los movimientos. Las organizaciones, las *industrias*, los *sectores* de movimientos sociales se convierten así en uno de los ejes centrales del análisis a través del cual se activan, articulan y movilizan sus preferencias de cambio. Desde otros planteamientos teóricos, las pautas y modos de organización se consideran un rasgo más de diferenciación entre «viejos» y «nuevos» movimientos sociales. Estos «peculiares» actores colectivos que han surgido en las sociedades «pos» –postindustriales, posmaterialistas, posmodernas– o, incluso, más allá, *transmodernas*; representarían «otro pensar», «otro actuar» y otra manera de organizarse o de «no organizarse». Sin embargo, no es objetivo de este apartado realizar un recorrido exhaustivo por los diferentes enfoques y estudios relacionados con los aspectos organizativos sino, fundamentalmente, exponer las claves teórico-analíticas que pueden contribuir a una mejor comprensión de la dimensión organizacional, algunas de las cuales ya han sido sugeridas y desarrolladas por diversos investigadores; teniendo siempre presente que los modos de organización, el entramado organizativo forman parte y se comprenden dentro del sistema de acción construido que suponen estos movimientos, en el interior de ese *viaje* que surge, se desarrolla, cobra sentido y singularidad en un *paisaje*, esto es, en un contexto espacio-temporal determinado, en nuestro caso, el País Vasco.

El estudio de los aspectos organizativos parte de una premisa que, aunque evidente, conviene poner de manifiesto: un movimiento social es siempre más amplio que la organización y organizaciones que actúan dentro de él (Raschke, 1994: 126), y, por supuesto, que sus pautas y modos de organización; precaución que hay que hacer extensible a cualquier dimensión o rasgo –discurso, identidad, formas de acción, etc.– de los movimientos si no se quiere incurrir en la tentación reduccionista. No obstante, es cierto que el análisis de la dimensión organizacional supone trasladar el centro de la reflexión, poner el acento en el meso-nivel de análisis del proceso de formación y reproducción de estos actores colectivos, diferenciable, analíticamente, de los niveles micro y macro aunque los tres ámbitos se interpenetran

y conjugan (Eder, 1991: 121-140). En el meso-nivel de análisis los movimientos sociales son delimitables por los colectivos y organizaciones, de diferente tipo, que crean, si bien conviene recordar aquí las palabras de Weber cuando afirma que determinadas formaciones sociales, incluidas las organizaciones, «no son otra cosa que desarrollo y entrelazamiento de acciones específicas de personas individuales, solo éstas pueden ser sujetos de una acción orientada por su sentido» (Weber, 1979:12). Aunque, previamente, señala que para fines de conocimiento o por finalidades prácticas «puede ser conveniente y hasta sencillamente inevitable tratar a determinadas formaciones sociales (estado, cooperativas, compañía autónoma, fundación) como si fueran individuos» (Weber, 1979: 12).

Una vez que se ha establecido el punto de partida del modelo, la cuestión inicial a dilucidar consiste en determinar si podemos caracterizar a los movimientos sociales por la no-organización. Resulta un lugar común muy cuerdo afirmar que los movimientos sociales en ningún caso son caracterizables por la no-organización, es decir, no existen sin organización (Raschke, 1994: 132). Por tanto, el problema es, precisamente, determinar si podemos definirlos por un modo de organización concreto. Planteado de otra forma, el interrogante tiene que ver con el tipo de organización y con los factores que contribuyen a su configuración y no si la organización existe o, incluso, si es necesaria.

Bajo el «paraguas teórico» del denominado enfoque de los «nuevos movimientos sociales», en sus formulaciones más extremas, se han descrito una serie de rasgos organizativos que, analizados con cierto detenimiento, representan una replica al tipo ideal burocrático descrito por Weber y a sus «efectos perversos» (desplazamiento de fines, círculo vicioso burocrático, ley de hierro de la oligarquía), disfunciones que encontrarían su máxima expresión en los «viejos» movimientos como el movimiento obrero. Parece como si con esta «novedosa» fórmula organizativa se pretendiera evitar que estos «nuevos» actores colectivos vieran transformada su «acción comunitaria» en una «acción societaria» racionalmente ordenada, utilizando las palabras de Weber (Weber, 1979: 740)¹, con las consiguientes disfunciones y consecuencias no previstas que lleva aparejado el proceso. En

primer lugar, se contraponen al tipo ideal burocrático otro tipo ideal –organización comunitaria, colectivista, laboratorio sociocultural, núcleos de vida, etc.– describiendo un modo de organización que, como todo tipo ideal en el sentido weberiano, no se puede confundir con la realidad con lo que debe ser contrastado. El resultado es presentarnos una «foto fija» que no sirve para comprender la realidad, en este caso, organizativa de un fenómeno dinámico por definición como es éste y, menos aún, cuando se pretende presentar como *fotofinis*. En segundo lugar, se incurre en el error de convertir a los denominados «nuevos» movimientos sociales en fenómenos unitarios, en personajes portadores de «esencias organizativas», ignorando su pluralidad y diversidad.

Aunque se pueden establecer tendencias y características dominantes, «Los movimientos sociales no se pueden definir a través de una forma organizativa determinada. Incluso la extensión y el significado de la organización varían, del mismo modo que lo hace la elección de organizaciones formales específicas (asociación, grupo de interés, partido)» (Raschke, 1994: 126). En los movimientos sociales conviven sectores estructurados y organizados y partes más fluidas, es decir, «Los movimientos sociales adoptan, pues, una posición intermedia entre, por un lado, grupos débilmente estructurados y, por el otro, grupos fuertemente estructurados, organizativamente compactos» (Raschke, 1994: 132). Esta «cohabitación», no exenta de tensiones, ha sido descrita de diversas maneras: carácter «semiestructurado», «reticulación de redes», etc. Sin embargo, convendría detenernos en este punto y abrir un pequeño paréntesis a cerca de lo que se entiende por organización en algunos estudios sobre los movimientos sociales actuales.

Diferentes investigaciones tienden a identificar organización y formalización, en el sentido de normas y procedimientos intencionados y explícitos que regulan los procesos básicos –poder y toma de decisiones, comunicación, diferenciación de tareas y funciones, etc.– del comportamiento organizativo. El acento en la formalización para medir el grado de organización interna de los movimientos se suele plantear en términos dicotómicos, sin solución de continuidad, diferenciando movimientos y/o sectores dentro de ellos organizados-formalizados y movimientos y/o sectores fluidos, no

formalizados; en definitiva, se plantea una dicotomía entre organización y acción colectiva. Así, Gamson utiliza la combinación de dos criterios para medir el nivel de organización alcanzado por un movimiento –la coordinación y la burocratización– aunque el segundo se refiere, básicamente, a la formalización (Gamson, 1990). Kriesi introduce expresamente el indicador de la formalización junto al grado de profesionalización, de diferenciación interna e integración de tareas y subunidades organizativas (Kriesi, 1996). Tarrow, en su distinción de los diferentes significados y aspectos que implica la organización del movimiento, se refiere al primero de ellos en términos de organización formal, es decir, en el sentido de lo que Zald y McCarthy denominan organizaciones de movimientos sociales (S.M.O), que, en ocasiones, compiten entre sí y con actores *no organizados* (Tarrow, 1997: 236).

En un interesante artículo titulado «Les quatre dimensions de l'action organisée», Friedberg sostiene que el criterio habitual de la formalización no es más que la parte visible del *iceberg* de la regulación de cualquier organización (Friedberg, 1992: 537) ². Una organización, su regulación efectiva es producto de prescripciones formales e informales, es decir, el resultado de una «regulación mixta» extensible a otros ámbitos de acción, aparentemente más fluidos ³, que también se encuentran regulados de hecho por una combinación de reglas, dispositivos, mecanismos convencionales y contratos formales e informales, explícitos e implícitos (Friedberg, 1992: 537). Esto implica que debemos cambiar la concepción dicotómica organización-formalización *versus* acción colectiva y entenderla como un *continuum*. Más que ante límites claros y tajantes nos encontramos, por tanto, ante una combinación o regulación mixta que describe mejor la realidad organizativa de los movimientos sociales y nos permite comprender de manera adecuada su organización interna. Expresándolo con mayor claridad, en el caso de los movimientos sociales se podría aplicar una descripción similar a la que Donati utiliza para referirse al denominado Tercer Sector (Donati, 1997: 122-127): los movimientos sociales actuales representarían también un nuevo *mix* entre la *Gemeinschaft* y la *Gellschaft*. Se situarían en un equilibrio dinámico y procesual entre lo informal, lo fluido, basándose en una racionalidad orientada a valores, y lo

formal, la eficiencia y la eficacia a la hora de movilizar los recursos para la consecución de las metas y objetivos planteados: racionalidad instrumental con arreglo a fines ⁴. Los movimientos sociales se situarían en este *continuum*, en la construcción de la intersección entre los dos polos, oscilando, en ocasiones, hacia un lado, escorándose, en otras, hacia el polo opuesto. Desde esta perspectiva, cobra pleno sentido la afirmación de Raschke cuando señala que «Lo especial de los movimientos sociales está precisamente en el efecto de cambio que se da entre los movimientos-organizaciones y las partes fluidas del movimiento» (Raschke, 1994: 132). La cuestión central a dilucidar consiste en descubrir aquellos factores externos e internos al movimiento que hacen oscilar en una u otra dirección sus pautas y modos de organización.

Por último, el estudio de la dimensión organizacional quedaría incompleto si no se incluyen en el análisis las interacciones y vínculos que los colectivos y organizaciones de los movimientos establecen entre sí y con el contexto social, político e institucional. Las organizaciones y colectivos de los «nuevos» movimientos sociales se sitúan en un entorno más o menos próximo –otros colectivos de la misma *industria*, de otras *industrias*, otras organizaciones que actúan en la sociedad o el propio sistema sociopolítico e institucional, etc.– con el que interactúan. Estas interacciones pueden basarse en el conflicto y en la competencia o en la colaboración y las alianzas, pueden ser amplias y estables o puntuales y esporádicas. Como ha señalado Klandermans, resulta más instructivo estudiar estos vínculos que «dejarlos de lado haciendo de la segregación o la marginalidad rasgos definitorios de las organizaciones de los nuevos movimientos sociales. Ubicando e identificando a sus aliados, a sus oponentes y a los indiferentes, podemos mejorar las explicaciones sobre la capacidad de una organización social para movilizar recursos, aprovechar oportunidades y ejercer influencia» (Klandermans, 1992: 173). McCarthy y Zald ya subrayaron la importancia de las interacciones de las organizaciones de los movimientos por medio de los conceptos de *industria* y *sector* de movimientos que, junto a las organizaciones (S.M.O), representan las estructuras sociales de la movilización y consecución de sus preferencias de cambio (McCarthy y Zald, 1977). Los estudios del propio Klandermans, profundizan-

do y ampliando el concepto de red o ámbito pluriorganizativo (*multiorganizational-field*) de Curtis y Zurcher (1973), han puesto de relieve la importancia del nivel interorganizacional⁵. Las organizaciones y colectivos de los movimientos sociales forman parte de un espacio multiorganizativo, establecen vínculos de oposición, de apoyo, de indiferencia entre sí y con otras entidades y organizaciones del sistema socio-político e institucional. Estos campos pluriorganizativos se convierten así en uno de los soportes estructurales en la construcción social de la protesta (Klandermans, 1992, 1994). Pero el entorno también hay que considerarlo al nivel macroscópico, transorganizacional, esto es, en forma de condiciones generales, coyunturales y/o estructurales, de oportunidades que favorecen u obstaculizan el surgimiento, mantenimiento e impacto de estos «peculiares» actores colectivos. El grado de complejidad, estabilidad del entorno, sus rasgos culturales —«oportunidades culturales en expansión» (McAdam, 1994)—, sus condiciones político-institucionales, —«Estructura de la oportunidad política» (Kriesi, 1992)— contribuyen de manera significativa a la (re)construcción social de los movimientos, de sus discursos, estrategias, identidades y, por supuesto, de sus pautas y modos de organización, tanto a nivel intra como interorganizacional.

Por tanto, una comprensión adecuada de la dimensión organizacional de los movimientos, pasados, presentes y futuros, conlleva tomar en consideración dos ámbitos analíticamente, y solo analíticamente, diferenciados:

- El primer nivel hace referencia a los colectivos y organizaciones que forman parte de los diferentes movimientos sociales, analizando, para los diferentes movimientos, su grado de estructuración interna, su grado de fragmentación, la existencia o no de organizaciones y colectivos centrales así como la forma organizativa que adoptan.

- El segundo nivel sitúa a las organizaciones y colectivos de los movimientos sociales en un campo pluriorganizativo formado por sectores de apoyo, de oposición o de indiferencia. Es el ámbito de los vínculos y relaciones, de diferente tipo, que los colectivos encuadrados dentro de los diferentes movimientos establecen en sí y con otras organizaciones sociales, políticas y con las instituciones.

Una vez que hemos acotado el campo de estudio, resulta fundamental subrayar la necesidad de adoptar, también aquí, una perspectiva de análisis *constructivista*. Los estilos y formas organizativas, el entramado organizativo de los movimientos son el resultado de un proceso que (re)construye en el curso de la acción colectiva y es en el interior de este proceso donde se pueden comprender y explicar adecuadamente. Esto implica, en primer lugar, que los patrones y modos de organización son tematizados por los propios actores colectivos, pueden generar tensiones y conflictos, se esgrimen, en ocasiones, como elementos de diferenciación, pueden ser considerados un fin en sí (carácter autorreferencial) o tener una función instrumental⁶. Así mismo, los rasgos organizativos están relacionados con la definición de los problemas y cuestiones planteadas (amplitud-focalización, grado de complejidad) por los actores colectivos, con la elaboración de sus objetivos, lógicas de acción, estrategias y ámbitos de actuación⁷. En definitiva, la forma organizacional de esta acción colectiva representa la manera en la cual los movimientos sociales intentan dar unidad a sus orientaciones relacionadas con los *finés*, *medios* y relaciones con el *ambiente* (Melucci, 1994:158). En segundo lugar, las pautas y modos de organización, el entramado y estructura organizativa de los movimientos sociales no son, siempre y en todo momento, resultado de una decisión consciente e intencionada de los propios actores. Existen factores *externos* que tienen que ver con rasgos estructurales y/o coyunturales del contexto (grado de apertura del sistema político, centralización-descentralización político-institucional, etc.) que también contribuyen a construir la realidad de estos actores colectivos, incluida su realidad organizativa. Estos factores son susceptibles de ser evaluados, percibidos e integrados por los actores colectivos en la definición de sus fines, estrategias, modos de organización, sistema de relaciones, etc.

La conjunción de estas variables *endógenas* y *exógenas* produce la realidad organizativa, en los dos niveles de análisis mencionados, de los movimientos sociales contribuyendo a la configuración de determinados rasgos organizacionales y/o acotando el repertorio de pautas y modos de organización y estructuración disponibles. El centro de la reflexión, se desplaza, por tanto, al meso-nivel de análisis del proceso

de formación y reproducción de estos actores colectivos, es decir, a los colectivos y organizaciones de los movimientos y al sistema de relaciones que establecen entre sí, con otros colectivos de diferentes movimientos y con el entramado social, político e institucional. Obviamente, esto no supone olvidar la importancia de otra realidad más «microscópica»: la «red de pequeños grupos sumergidos en la vida cotidiana que exigen una implicación personal en la creación y experimentación de los modelos culturales» (Melucci, 1994: 146). Simplemente, pretendemos acentuar el otro momento de la acción colectiva por medio del cual la red de «pequeños grupos emergen para enfrentarse a una autoridad política sobre determinados asuntos» (Melucci, 1994: 146-147), esto es, su fase de visibilidad.

2. La estructura organizativa de los «nuevos» movimientos sociales en el País Vasco

Este segundo apartado representa una aproximación al estudio de la dimensión organizacional de los movimientos ecologista, feminista⁸ y de objeción de conciencia en la Comunidad Autónoma del País Vasco⁹. El movimiento ecologista aparece representado por los sectores más significativos del ecologismo político como son *Eguzki*, *Eki* y la plataforma *Erreka*, aunque también existe una variedad de colectivos y grupos encuadrados dentro del ámbito conservacionista o ambientalista muy localizados espacial y temáticamente. El movimiento feminista engloba diferentes tendencias e identidades: «el feminismo de los grupos de interés» (Forum María de Maeztu, Agora Feminista) y «el feminismo ideológico o de izquierda» (Asamblea de Mujeres, *Lanbroa*, Colectivo de lesbianas feministas y *Egizan*)¹⁰. En el movimiento de objeción se incluye al M.O.C (KEM) y a *Kakitzat* (Mili-KK, en otras partes del Estado), partidarios de la insumisión, y a la Asociación de Objeción de Conciencia (A.O.C). Existen dos colectivos, *Eguzki* en el ecologismo y *Egizan* en el feminismo¹¹, que se encuentran estrechamente vinculados al nacionalismo vasco radical, a M.L.N.V. Precisamente es esta «doble vinculación» la que

hay que tener presente para comprender de manera adecuada sus discursos, fines, estrategias y sus características organizativas.

Un primer rasgo a destacar en la estructura organizativa de estos movimientos es su fragmentación, su atomización en colectivos y grupos débilmente interconectados, cuando no enfrentados, dificultando la identificación de actores y procesos centrales. No existen colectivos y organizaciones unificadas y resulta aventurado hablar de colectivos dominantes, «focales» en las diferentes *industrias* de movimiento consideradas. La aparición de nuevos colectivos junto con las excisiones, más o menos conflictivas, de colectivos ya existentes ha sido un hecho frecuente. Los esfuerzos de coordinación, salvo excepciones¹², no suelen ir más allá de coaliciones *ad hoc* sobre temas, acciones y tácticas puntuales. Tales intentos se han solido encontrar con resistencias y recelos, en ocasiones provocados por la experiencia de conflictos y divisiones internas, que han contribuido a identificar «coordinación» con «asimilación» o «cooptación». Determinados movimientos como el feminista no solo se encuentran instalados en la pluralidad y diversidad sino que, incluso, la consideran un rasgo de identidad¹³. En cuanto a las relaciones con el sistema político-institucional, se han primado los contactos puntuales, muchas veces por razones instrumentales (acceder a subvenciones...), aunque también existen relaciones más estables a través de la participación en planes, programas u organismos «mixtos» tanto al nivel local como provincial y autonómico. Asimismo, hay que tener en cuenta la ausencia de relaciones o contactos e, incluso, la confrontación abierta y sistemática de determinados colectivos, generalmente vinculados al nacionalismo vasco radical, con las instituciones como parte de una estrategia más general.

La interrelación de factores internos y de rasgos del contexto sociopolítico nos ayudan a comprender los rasgos más significativos de la estructura organizativa de estos «nuevos» actores colectivos en la Comunidad Autónoma del País Vasco que, como diría Melucci, se han hecho «visibles» contribuyendo, así, a una mayor fragmentación de áreas, temas y grupos:

- Aunque determinados desarrollos teóricos se empeñaron en dar una imagen unificada, a todos los niveles (discurso, estrategia, modos

de organización), de los «nuevos» movimientos sociales, lo cierto es que la diversidad se ha convertido en una característica cada vez más evidente. Esta fragmentación es producto, en cierta medida, de esta pluralidad de fines, estrategias, ámbitos de actuación que conviven, en ocasiones, de forma tensionada en el seno de estos movimientos ¹⁴. A esto hay que añadir el propio funcionamiento interno de muchos de estos colectivos caracterizado por la ausencia de procedimientos y reglas para resolver discrepancias y conflictos más allá de la unanimidad y del consenso generalizado. Esta ausencia de mecanismos reguladores, explícitos o implícitos, contribuye a que las discrepancias, sobre todo cuando son intensas y afectan a aspectos importantes (estrategias, discursos, posibles alianzas, acceso a canales institucionales), se solucionen mediante excisiones. Este es el caso, por ejemplo, de las Asambleas de Mujeres, de las que surgieron gran parte de los colectivos feministas hoy existentes, y, en alguna medida, también contribuyó a la ruptura del colectivo *Eguzki* en dos: *Eguzki* y *Eki* (las dos significan Sol en euskera).

- Algunos de los colectivos analizados surgieron en los momentos álgidos de sus ciclos de protesta. Como ha demostrado la teoría de los ciclos, los momentos expansivos suelen propiciar la proliferación de grupos y colectivos en los movimientos sociales, así como la radicalización de algunos de ellos como mecanismo de diferenciación y captación de la atención de audiencias y de activistas (Tarrow, 1991: 70).

- La descentralización político-institucional de la propia Comunidad Autónoma, donde las provincias o Territorios Históricos e, incluso, los propios ayuntamientos intervienen en materias relacionadas con la problemática planteada por estos movimientos; ha multiplicado los puntos de acceso favoreciendo la aparición de grupos localizados espacialmente. El acceso al nivel formal se ha visto favorecido por otro factor, descrito por Kriesi (1992: 120-121), como es la descoordinación, falta de coherencia y profesionalización de las diferentes administraciones autonómicas en determinados momentos ante los problemas y cuestiones planteadas por los «nuevos» movimientos sociales. La propia configuración interna descentralizada territorialmente de la mayoría de los colectivos existentes es, así mismo, una respuesta adaptativa a la descentralización político-institucional

que, en determinados movimientos como el ecologista, se ve reforzada por su estrategia de «pensar globalmente y actuar localmente». Esta configuración suele plantear problemas internos en los colectivos relacionados con la coordinación de estrategias, discursos, etc.

Sin embargo, a estos factores hay que añadir un rasgo «singular» de la sociedad vasca que incide, de manera significativa, en algunas características centrales de los «nuevos» movimientos sociales en el País Vasco, incluida su estructura organizativa: la existencia de un eje central de conflicto, político y violento.

El nacionalismo vasco radical diseñó y desarrolló una lógica de acción que se refleja en la denominada «estrategia de acumulación de luchas sectoriales». Esta estrategia consiste, básicamente, en subordinar, situar todo el potencial de protesta y los diversos conflictos existentes en la misma dirección, bajo el mismo marco dominante (*master protest frame*): la lucha de liberación del pueblo vasco. La contradicción principal –Euskadi *versus* Estado español– es la que concentra y da sentido al resto de luchas sectoriales cuya resolución está indisolublemente ligada a la solución de ese «contencioso» focal. Se pretende, en último término, una superposición, en el sentido expuesto por Coser y Dahrendorf, de los conflictos y de los sectores implicados en ellos de tal forma que cualquier lucha terminará siendo una lucha por el «Todo»: la liberación del pueblo vasco. El objetivo es, por tanto, hacer coincidir los ejes y divisorias existentes en la sociedad vasca con el «eje divisorio central».

La izquierda abertzale radical aplicó esta estrategia a los «nuevos» movimientos sociales intentando subordinar su potencial de protesta y disidencia al mismo marco dominante de protesta –«la lucha de liberación del pueblo vasco»– para, en última instancia, hacer coincidir la divisoria del sistema de alianzas y de conflictos de estos movimientos y de los colectivos más significativos integrados en ellos con la división central –M.L.N.V *versus* los «Otros»–, siguiendo la lógica «nosotros contra ellos». Allí donde esta estrategia se encontró con obstáculos y resistencias se produjeron rupturas internas en colectivos ya existentes o se crearon nuevos grupos que subordinaron sus luchas sectoriales (ecologista, feminista...), agudizadas y radicalizadas, a

la lucha o conflicto central, acumulando, en definitiva, las fuerzas en aras a la consecución de una Euskal Herria Independiente, Socialista, Reunificada y Euskaldun ¹⁵. Desde esta lógica se comprende de manera adecuada la ruptura en dos de *Eguzki –Eguzki y Eki–* dentro del ecologismo, la creación de *Egizan* en el feminismo y de *Askapena* (liberación) en el ámbito de la solidaridad internacional, colectivo que se «especializó» en las luchas de liberación de países centroamericanos (Nicaragua, El Salvador, Guatemala) preferentemente, aunque también de otras zonas (el problema palestino etc.) ¹⁶. Todos estos colectivos se integran, explícita o implícitamente, dentro del autodenominado «Movimiento de Liberación Nacional Vasco», entramado organizativo que funciona como un sistema de alianzas, en el sentido dado por Klandermans (Klandermans, 1992), estable y unificado que proporciona oportunidades y recursos diversos al conjunto y a las organizaciones y colectivos individuales: recursos materiales (locales, recursos económicos...) y no materiales (redes de reclutamiento y socialización política, experiencia organizativa, base ideológica y estratégica). Las relaciones de *Eguzki*, *Egizan* o *Askapena* con otros colectivos de sus respectivas *industrias* de movimientos han sido, con frecuencia, de carácter competitivo y, en ocasiones, de abierta confrontación al intentar convertirse en los puntos focales de los respectivos movimientos. Esta estrategia general del nacionalismo vasco radical contribuyó, por tanto, a una mayor fragmentación y atomización de estos movimientos en el País Vasco y, en definitiva, el debilitamiento de grupos y colectivos existentes ya que han tenido que dedicar gran parte de sus «energías» y recursos a diferenciarse y deslindarse del mundo radical ¹⁷. Así mismo, estos grupos y colectivos han tenido evidentes dificultades en «hacerse oír» en una sociedad donde «el eje central del conflicto» ha polarizado y absorbido gran parte del potencial de movilización de la sociedad vasca, al tiempo que corre el riesgo de agotarlo ¹⁸.

Con relación a las pautas y modos de organización interna de los colectivos individuales de los movimientos sociales en la Comunidad Autónoma del País Vasco, hay que destacar las diferencias entre aquellos que se encuentran vinculados, explícita o implícitamente, al

M.L.N.V y el resto. Los primeros presentan una estructura organizativa más elaborada y estable que cumple una función «instrumental», adecuada a un movimiento que, tanto a nivel del conjunto como de las organizaciones individuales que lo forman, han hecho de la confrontación radical, de la perturbación del sistema político-institucional su estrategia básica ¹⁹ para lo cual se necesita, siguiendo a S. Tarrow, una organización disciplinada (Tarrow, 1991:p. 71) y una «vanguardia» preparada en este tipo de tácticas, tanto a nivel del conjunto como de las organizaciones individuales. En los demás colectivos, los modos de organización se caracterizan por estructuras flexibles, débiles, descentralizadas formalmente, por una diferenciación de funciones difusa o inexistente, por la ausencia, en la mayoría de los casos, de profesionalización, en el sentido dado a este término por Kriesi, (Kriesi, 1996:172-173), y por su carácter autorreferencial. Se podría resumir esta realidad organizativa afirmando que el difícil equilibrio entre la ética de la convicción (nivel sociocultural) y la lógica de la eficacia (acción política), en la que se debaten los movimientos (Touraine, 1984:291-193), junto con el repertorio de fórmulas organizativas disponibles en cada uno de los casos, se ha decantado, generalmente, a favor de la segunda en el caso de los colectivos próximos al M.L.N.V y a favor de la primera en muchos de los colectivos restantes. La estructura de funcionamiento de estos últimos se ve favorecida por la disminución de su capacidad de movilización de masas, lo cual les ha conducido a una reconversión de sus formas de protesta que, al no requerir la participación de números importantes de participantes, hacen hasta cierto punto innecesaria una infraestructura organizativa estable, elaborada y disciplinada ²⁰. Una parte de estas formas de acción tienen que ver con el recurso de la «comunicación persuasiva» intentando lograr la atención de los medios de comunicación convirtiéndose, en cierta medida, en promotores informativos a través de acciones «llamativas», simbólicas. Un ejemplo significativo y exitoso de este tipo de acciones ha sido el llevado a cabo por el movimiento de objeción de conciencia y, en concreto, por el M.O.C. (KEM) a través de actuaciones de desobediencia civil no violenta, más «llamativas» que masivas, provocando la noticia ²¹, y, también, por parte del movimiento ecologista vasco ²². Este tipo de acciones se ha

solido combinar con denuncias judiciales que también reclaman la atención de los medios informativos. A esto hay que añadir el predominio en colectivos significativos de los movimientos de estrategias centrípetas, de actividades hacia «adentro» (reflexiones, debates, concienciación, formación...) propiciadas por una fase de recomposición y reelaboración o, al menos, de reconsideración de sus discursos, fines, estrategias, en definitiva, de sus respectivas señas de identidad. Todo esto redundará en unas estructuras de funcionamiento más difusas, sumergidas, flexibles e informales.

Por último, quisiéramos finalizar este trabajo introduciendo algunas cuestiones que pueden afectar a la realidad organizativa, aunque no únicamente, de estos «peculiares» actores colectivos en el País Vasco. En primer lugar, y aunque con desigual incidencia, en el País Vasco como en otros contextos, los problemas tematizados por estos movimientos han ido ganando en amplitud y complejidad²³. Esta estructura de problemas cada vez más diferenciada y compleja hace necesario movilizar toda una serie de recursos en forma de infraestructura y conocimientos jurídicos, económicos, tecnológicos para poder ser abordados de manera adecuada. El simple hecho de recopilar y procesar la información necesaria requiere un trabajo cada vez más profesionalizado y especializado. Así mismo, muchos de estos colectivos plantean alternativas, promueven y participan en programas diversos, reciben recursos, más o menos escasos, participan y/o promueven el desarrollo de estudios, instrumentos jurídicos, legales etc. Tales tendencias favorecen la inclusión de criterios de viabilidad y eficacia en los objetivos y estrategias planteadas, y de eficiencia y optimización de recursos (materiales, no materiales, mensurables o no); en definitiva, contribuyen al desarrollo de una mayor «profesionalización»²⁴. Por tanto, un excesivo hincapié en una «racionalidad sustantiva con arreglo a valores» que implica fórmulas y culturas organizativas que acentúan la «identidad», el sentido de «misión transformadora», en detrimento de otro tipo de criterios (eficacia, eficiencia); puede provocar que determinados sectores de los movimientos se conviertan en las clásicas vanguardias políticas y/o culturales, accesibles, únicamente, a los «iniciados ideológicamente» y con serias dificultades para adecuar sus discursos

y estrategias a un contexto cambiante y para alinear y conectar sus marcos cognitivos con los de las jóvenes generaciones de activistas que se han socializado política y culturalmente en nuevos contextos. Por el contrario, un acento excesivo en una «racionalidad instrumental con arreglo a fines» puede contribuir al desarrollo de organizaciones profesionalizadas²⁵ –liderazgo profesional, técnico, frente a los «empresarios políticos» y/o «intelectuales» de los movimientos; personal liberado y remunerado, amplios recursos a su alcance, afiliación reducida o inexistente y, como señala Jenkins, acciones que hablan «en nombre de» sin involucrar o requerir la participación del grupo en conflicto (Jenkins, 1994:15)– que, a su vez, puede favorecer la *cooptación informal* o la *inclusión formalista* (Kriesi, 1992:127-128) de sectores significativos de estos movimientos.

El problema consiste en dar una solución estable que conjugue ambas lógicas, consideradas frecuentemente como contrapuestas, incompatibles por los propios movimientos, al tiempo que aporte una respuesta organizativa a los diferentes modos de organización que ambas lógicas y racionalidades implican. Aunque las dos racionalidades, con sus consiguientes formulaciones organizacionales, son, como ya señaló Weber, casos límite, de carácter esencialmente constructivo (Weber, 1979:21); las diferentes combinaciones que se puedan establecer entre ellas pasan por la *optimización organizativa*, en el sentido dado a este término por Donati cuando se refiere al denominado Tercer Sector: «encontrar un punto de equilibrio dinámico y procesual, entre resultados y recursos humanos, teniendo en cuenta el hecho de que, por un lado, un exceso de informalidad implica renunciar a una adecuada profesionalidad o carencia de la misma (o bien de mentalidad profesional o tecnológica) y, por otro, un exceso de formalismo acarrea la utilización de lógicas de rigidez y despersonalización que producen en los miembros déficit motivacional y falta de sentido» (Donati, 1997: 126-127). Lograr este punto de equilibrio, dinámico y procesual, contribuiría a resolver el problema que, como acertadamente expone Tarrow, tienen planteado los organizadores de los movimientos: «crear modelos organizativos que sean lo suficientemente firmes como para resistir a sus oponentes, pero lo bastante flexibles para cambiar con arreglo a las circunstancias y nutrirse de la energía de su base» (Tarrow, 1994: 237).

En último término, favorecer, siguiendo a Smelser, la disponibilidad potencial de muchas clases de organizaciones diferentes (asociaciones, grupos de interés y de presión, partidos políticos, redes informales) que, al mismo tiempo, facilita una variedad de estrategias y tácticas alternativas (Smelser, 1989:306).

Para concluir este trabajo, quisiéramos introducir algunos apuntes sobre la evolución del eje central de conflicto que atraviesa la sociedad vasca y que ha condicionado y condiciona las «viejas» y «nuevas» disidencias y conflictos planteados por «viejos» y «nuevos» actores colectivos en el País Vasco.

La tregua «táctica» de la organización terrorista E.T.A. introdujo algunos cambios en la estrategia general del nacionalismo vasco radical que había conducido a su aislamiento a todos los niveles. Este cambio táctico, esto es, producto de las contingencias inmediatas de esta situación de aislamiento, supuso, durante el período que ha durado la tregua, pasar de una estrategia basada en el «conmigo o contra mí» a distinguir campos de identidad y relaciones (Hunt, Benford y Snow, 1994) en el conflicto: *protagonistas* (defensores del movimiento y posibles aliados), *antagonistas*, *audiencias* y personas y colectivos ajenos al movimiento. A nivel político, este cambio permitió establecer acuerdos con el nacionalismo democrático (Lizarra, Udalbiltza). A nivel sindical, el sindicato L.A.B., próximo al M.L.N.V., y el sindicato nacionalista E.L.A. han venido estableciendo acuerdos estables de cara a la consecución de un marco autónomo de relaciones laborales que incluya Navarra. Asimismo, esta evolución en la estrategia podría haber supuesto que viejas, nuevas o futuras disidencias planteadas por movimientos sociales no se vieran sometidas a un intento de instrumentalización en línea con la estrategia de su superposición al «conflicto central». Sin embargo, la tregua de E.T.A. ha sido un espejismo y el nacionalismo radical mantiene, independientemente de alteraciones tácticas, su estrategia general basada en el «conmigo o contra mí». El Pacto de Lizarra, la Asamblea de Municipios Vascos Udalbiltza han quedado en suspenso o invalidados. Los grupos y colectivos de los «nuevos» movimientos sociales próximos al M.L.N.V. han cumplido ya su función de acumular fuerzas, evidenciando su subordinación, en últimas o primeras instancias, a la «lucha central». Todos

los posibles conflictos y disidencias pasadas, actuales y futuras que, en diferentes ámbitos, se puedan plantear en la sociedad vasca serán sometidos a los intentos de subordinación al «pensamiento único» y a la «estrategia única» de E.T.A. y del nacionalismo radical. Este pensamiento y estrategia únicas, de tan trágicas consecuencias, pone en evidencia, hoy más que nunca si cabe, el profundo miedo de E.T.A. a la libertad del OTRO (el otro nacionalista, el otro no nacionalista, los otros «nuevos» o «viejos» actores colectivos, etc.); a que ese OTRO se defina y actúe al margen y de manera radicalmente diferente a lo establecido por la organización terrorista y por el entramado de organizaciones, de diferente tipo y en diferentes ámbitos de la sociedad, que apoyan y aportan recursos materiales y no materiales a E.T.A.

NOTAS

* Una primera versión de este artículo se presentó como ponencia en el grupo de trabajo 29 –Movimientos Sociales y acción colectiva– del VI Congreso español de Sociología celebrado en A Coruña los días 24 y 26 de septiembre de 1998.

¹ Este tránsito descrito por M. Weber tiene evidentes puntos en común con otros modelos –el paso de la *Gemeinschaft* a la *Gellschaft* de Tönnies, de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica en Durkheim– que contribuyen a explicar la génesis y desarrollo de la sociedad moderna. Un paso más, referido a las sociedades contemporáneas, es la presencia hegemónica de las Corporaciones (Giner y Pérez Yruela, 1979) o la tesis de Perrow acerca de la absorción de la «sociedad» por parte de las grandes burocracias (Perrow, 1992: 19-55). En las sociedades «pos» algunos han visto un punto de inflexión en este proceso con el surgimiento de «nuevos» actores colectivos que representarían el «retorno» del actor, pero de un actor «comunitario» frente a las grandes corporaciones burocráticas de carácter cultural, político, sindical, públicas y privadas.

² E. Friedberg propone cuatro dimensiones, cuatro *continuum* para analizar la organización: el grado de formulación y codificación de la regulación, el grado de toma de conciencia de la regulación de su comportamiento por parte de los participantes y miembros, el grado de finalismo (resultado) de la regulación y el grado de delegación de la responsabilidad presente en los niveles organizacionales (Friedberg, 1992: 540-542).

³ No es infrecuente encontrar colectivos encuadrados en los N.M.S que presentan una estructura de funcionamiento aparentemente formalizada. Sin embargo, esta estructura es producto de su inscripción en el registro de asociaciones por motivos instrumentales (acceder a subvenciones etc.), y, en la práctica, resulta meramente «decorativa». Paralelamente, existen colectivos donde no se encuentran indicios de formalización pero existen reglas

no explícitas, reguladoras de determinados procesos básicos (toma de decisiones etc.) que funcionan como códigos formales. Así mismo, y aunque la mayoría de estos colectivos tienen una estructura de poder democrática y descentralizada, existen mecanismos no explícitos (desigual distribución y control de recursos en los que se basa el funcionamiento del colectivo, centralidad en la red de comunicaciones, etc.) que favorecen el surgimiento de élites informales.

⁴ Los dos extremos implican, por tanto, lógicas de acción contrapuesta, percibidas, frecuentemente, como incompatibles por los propios protagonistas, generando tensiones y conflictos. De aquí que los equilibrios alcanzados suelen tener un carácter inestable.

⁵ La importancia del entorno o ambiente pronto fue subrayada por los estudiosos de las organizaciones y convendría tener presentes sus hallazgos, tanto a nivel teórico como a nivel de técnicas de investigación. Perrow resume la evolución en los estudios sobre el entorno organizativo cuando afirma: «El entorno era, inicialmente, todo lo que estuviera fuera y que interesara al investigador. Poco a poco hemos comenzado a catalogar las cosas que deberíamos buscar fuera. El primer paso consistió en el estudio de dos o tres organizaciones en interacción, denominándolo al principio análisis interorganizacional, poniendo el acento sobre el impacto de las demás organizaciones sobre la organización focal –aquella en la que estábamos interesados–. A continuación, se introdujo en la literatura la idea de un conjunto de organizaciones (...). De aquí pasamos a la idea de redes de organizaciones (...).» (Perrow, 1990:233).

⁶ Los propios actores toman decisiones y desarrollan líneas de acción (automarginación económica, formación de militantes, restricciones en cuanto al número de miembros, etc.) con el fin de preservar y/o alterar sus modos de organización.

⁷ Estas relaciones no tienen que ser entendidas en términos de correlaciones directas, necesarias y unidireccionales ya que existe un repertorio de modos, formas de organización y estructuras organizativas disponibles ante objetivos, lógicas de acción y estrategias similares, y viceversa

⁸ Un estudio más amplio y específico del movimiento feminista en la Comunidad Autónoma Vasca, aparece publicado bajo el título «Entramado organizativo del movimiento feminista en el País Vasco», *REIS* n.º 80, pp. 183-201.

⁹ Algunos de los rasgos organizativos descritos también se podrán aplicar al movimiento de solidaridad internacional.

¹⁰ Esta clasificación sigue la tipología de Gelb (Gelb, 1992:193-217) y tiene evidentes puntos en común con otras tipologías y clasificaciones como, por ejemplo, la establecida por Melucci en su distinción entre movimientos de mujeres y movimiento feminista (Melucci, 1989:94-95). Sin embargo, como toda clasificación es simplificadora ya que, en ocasiones, las fronteras no son tan claras y evidentes.

¹¹ En el caso del movimiento de solidaridad internacional *Askapena* sería el colectivo ligado al M.L.N.V.

¹² En el movimiento ecologista vasco, por ejemplo, la plataforma *Erreka* que surgió en Bizkaia en 1992, representa un intento estable y organizado de coordinación. En esta plataforma se integran personas individuales y 23 grupos ecologistas y ambientalistas, aproximadamente,

a excepción de *Eguzki*. Su labor de coordinación se realiza a través de la organización de los encuentros ecologistas de Euskadi, de la recopilación y distribución de información (editan un Boletín), de la formación (Eko-eskola), del asesoramiento jurídico, etc.

¹³ En el movimiento feminista parece primar la inclusión en redes y coaliciones que trascienden al ámbito autonómico. Así, el colectivo *Lanbroa* (feminismo de la diferencia) se ha integrado en la Confederación de Organizaciones feministas (COFEM) que ha planteado una candidatura a las elecciones europeas de junio del 99. Los colectivos Forum María de Maeztu, Agora Feminista parecen decantarse hacia redes más difusas y relaciones con el ámbito institucional a través, sobre todo, de *Emakunde* (Instituto Vasco de la Mujer) a cuya creación contribuyeron de manera significativa.

¹⁴ Las tensiones y conflictos que se produjeron en fórmulas organizativas más «unificadas» en los inicios de gran parte de estos movimientos, pusieron de relieve la dificultad de dar cobertura organizativa unitaria y estable a las diferentes «identidades» que conviven en su interior.

¹⁵ La interpretación de esta estrategia por parte del resto de colectivos se podría resumir en las palabras de una persona destacada de los Comités Internacionales sobre la creación de Askapena, grupo escindido de Comités, vinculado al M.L.N.V.: «la excisión la valoramos como la necesidad de controlar claramente, es decir, que lo que se hiciera se atribuyera a mundo de HB (...). Pero, aunque desde Madrid algunos periódicos podían decir que todo era HB, ellos se daban cuenta que todo no era HB. Entonces quería tener una sección internacionalista, su sección ecologista, su sección en el mundo de la mujer. Yo, vamos, yo creo que ellos lo tenían claro (...), algunas veces nos decían necesitamos cerrar filas, necesitamos saber quienes están con nosotros en todo».

¹⁶ En el movimiento de objeción, la incursión del nacionalismo vasco radical se ha realizado a través de la organización juvenil *Jarra* y, en algunos momentos, por medio de intentos de «acercamiento» a colectivos existentes como *Kakitzat*.

¹⁷ A esto hay que añadir otra dificultad u obstáculo que plantearon, en determinados momentos, algunas fuerzas políticas y niveles institucionales al intentar introducir todo lo que se movía, toda la capacidad de disidencia y protesta en el «mismo saco» –el nacionalismo vasco radical– para justificar estrategias de exclusión.

¹⁸ Los grupos y colectivos de los movimientos sociales vinculados al M.L.N.V han contribuido desde su creación a una mayor radicalización de los temas y de las tácticas que, siguiendo la lógica planteada por Tarrow, tiene ventajas pero, también, desventajas ya que la radicalización aumenta los costes del activismo y contribuye al descenso de la participación, es decir, tiene un efecto desmovilizador (Tarrow, 1991: 71), no solo para estos colectivos sino para el conjunto de los movimientos.

¹⁹ Un importante estudio sobre las estrategias y el entramado organizativo del nacionalismo vasco radical aparece en el libro de J. M. Mata (1993) titulado *El nacionalismo vasco radical* editado por la U.P.V. (capítulo 7).

²⁰ Los únicos que pueden mantener acciones destinadas a la movilización son los colectivos ligados al M.L.N.V ya que cuentan con una cobertura organizativa que les proporciona recursos materiales y no materiales fundamentales para este tipo de movilización.

²¹ Un estudio amplio es el realizado por Sampedro (1996) que describe el impacto como promotor de noticias del movimiento de objeción de conciencia. Sin embargo, también este impacto se ha visto mitigado en los últimos tiempos con una progresiva disminución de presencia informativa por la pérdida de atractivo noticioso y por la última ley sobre el servicio militar (Sampedro, 1996:145-148).

²² Quedan lejos las movilizaciones ecologistas. Hechos recientes como los escapes de la fábrica de Rontalde o los accidentes de la planta de lindane en construcción, ambos ocurridos en Barakaldo (Bizkaia), ponen de relieve que, a pesar de su gravedad, la participación ciudadana ha sido exigua combinándose con acciones «llamativas» más exitosas: ocupación de la planta de lindane por un reducido grupo de personas junto con acciones y denuncias judiciales, etc.

²³ Este proceso quizás se ha visto más mitigado en el caso del movimiento de objeción de conciencia que, dadas las peculiaridades de nuestro País, ha focalizado su interés y esfuerzo en su oposición al servicio militar.

²⁴ Esta «profesionalización», que tiene repercusiones también organizativas, se ve favorecida por la entrada de activistas jóvenes atraídos más por la curiosidad «intelectual» y/o cierto componente ético y no solo por cuestiones políticas, salvo en el caso de los colectivos afines al M.L.N.V. A igual que ha sucedido en el movimiento de solidaridad internacional, es posible que también se esté desarrollando una cultura organizativa donde los ideales se dan por supuesto y se incide más en criterios de eficiencia, transparencia, etc. Así mismo, esta tendencia puede llegar a desplazar a los «intelectuales», a los «empresarios políticos», que hasta ahora han tenido un importante peso, explícito o implícito, en el discurso, estrategias etc. de estos movimientos, por «profesionales» que además de ideales, valores, etc. incorporan otros criterios (eficacia, eficiencia).

²⁵ En movimientos como el ecologista, el feminista, etc., han surgido colectivos en forma de consultorías, asesorías, colectivos asistenciales, institutos, impulsados por personas provenientes de estos movimientos.

BIBLIOGRAFÍA

- BELTRÁN, M. (1988): «La legitimidad de las organizaciones», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 43: 125-155.
- CASQUETTE, J. (1998): *Política, cultura y movimientos sociales*, Bilbao, Bakeaz.
- CURTIS, R.L. y ZURCHER, L. (1974): «Social Movements», *Social Problems*, 21: 356-370.
- DONATI, P. (1997): «El desarrollo de las Organizaciones del Tercer Sector en el proceso de modernización y más allá», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 79: 113-141.
- EDER, K. (1991): «Au-delà du sujet historique: vers une construction théorique des acteurs collectives», *L'homme et la société*, n.º 101, 121-140.
- FERNÁNDEZ SOBRADO, J.M. y AIERDI, X. (1997): «Entramado organizativo del movimiento feminista en el País Vasco», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 80: 183-201.
- FRIEDBERG, E. (1992): «Les quatre dimensions de l'action organisée». *Revue Française de Sociologie*, vol. 33: 531-557.
- GAMSON, W.A. (1990): *The Strategy of Social Protest*, Belmont, Cal. Wadsworth.
- GELB, J. (1992): «Feminismo y Acción Política», en J.D. Russell y M. Kuechler (Comps): *Los nuevos movimientos sociales*, Valencia, Alfons el Magnánim.
- GINER, S. y PÉREZ YRUELA, M. (1979): *La Sociedad Corporativa*, Madrid, C.I.S..
- HUNT, S., BENFORD, R. y SNOW, D. (1994): «Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos», en E. Laraña y J. Gusfield (eds.): *Los Nuevos Movimientos Sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, C.I.S.: 221-249.
- KLANDERMANS, B. (1992): «La unión de lo viejo y lo nuevo: el entramado de los movimientos sociales en los Países Bajos», en J.D. Russell y M. Kuechler (Comps.): *Los nuevos Movimientos Sociales*, op. cit: 173-191.
- (1994): «La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizacionales», en E. Laraña y J. Gusfield (eds.): *Los Nuevos Movimientos Sociales. De la ideología a la identidad*, op cit.: 183-219.
- KRIESI, H. (1992): «El contexto político de los nuevos movimientos sociales en Europa Occidental», en J. Benedicto y F. Reinares (eds.): *Las transformaciones de lo político*, Madrid, Alianza Universal: 115-157.
- (1996): «The Organizational Structure of New Social Movements in a Political Context». En D. McAdam, J. D. McCarthy y M. N. Zald (eds). *Comparative Perspectives on Social Movements. Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MATA, J.M. (1993): *El Nacionalismo Vasco Radical*, Bilbao, Universidad del País Vasco.
- MCADAM, D. (1994): «Cultura y movimientos sociales», en E. Laraña y J. Gusfield (eds.): *Los Nuevos Movimientos Sociales*, op. cit: 43-92.
- MCCARTHY, J.D. y ZALD, M.N. (1997): «Resource Mobilization Theory and Social Movements: A Partial Theory», *American Journal of Sociology*, 82 (6): 1212-1241.
- MELUCCI, A. (1984): «An End to Social Movements», *Social Science Information*, 24 (4/5): 819-835.
- (1989): *Nomads of the Present*, Londres, Hutchinson.
- (1994): «Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales», *Zona Abierta*, 69: 153-180.
- PERROW, CH. (1992): «Una sociedad de organizaciones», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 59: 19-56.
- RASCHKE, K. (1994): «Sobre el concepto de movimiento social», *Zona Abierta*, 69: 121-152.
- SAMPEDRO, V. (1996): «Batallas de papel. Medios de comunicación y nuevos movimientos sociales, el caso de la objeción de conciencia», *Zer*, 121-154.
- SMELSER, N.J. (1989): *Teoría del comportamiento colectivo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- TARROW, S. (1997): *El Poder en Movimiento. Los Movimientos Sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial..
- TOURAINÉ, A. (1984): *Le retour de l'acteur*, París, Fayard.
- WEBER, M. (1979): *Economía y Sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.

Incursión etnográfica en territorio forense

Enrique Luque

El mundo del derecho

Hay un principio procesal que, en mis años de estudiante de derecho, me producía especial desazón. Me refiero a ese que dice, más o menos, que **lo que no está en las actas no está en el mundo**. Como cualquier aprendiz de abogado sabe, tal principio o máxima no significa otra cosa —nada más, pero también nada menos— que quienes juzgan o, en general, quienes intervienen en un proceso judicial deban dejar a un lado tanto opiniones y sentimientos personales como el conocimiento directo que tengan de la persona o del caso juzgados. Las pruebas, la evidencia como se dice en inglés, aceptadas como tales en un juicio es lo único que debe contar. Todo eso garantiza la protección de valores fundamentales y evita que el funcionamiento deseable del derecho se parezca a los procesos políticos de un estado totalitario o al episodio de los naipes de Corazones en *Alicia en el País de las Maravillas*.

No es que me entusiasmara entonces el derecho sustantivo —en definitiva, me he dedicado a cosas que poco o nada tienen que ver con él— y menos aún el derecho procesal; pero esa máxima me pareció entonces y durante muchos años después la más depurada expresión del foso que yo y, probablemente, muchos otros lamentábamos entre el ordenamiento jurídico y sus prácticas, de una parte y, de otra, el resto del mundo y de la vida. Como otros que conmigo optaron por dedicarse a las ciencias sociales, éstas nos daban la oportunidad de abordar todo lo que, precisamente, no estaba en las famosas actas. Con no poca ingenuidad, además, equiparábamos sociología o antropología con acercamiento objetivo a la realidad y con la libertad de la que políticamente se nos había privado. Y, en la misma medida, el derecho se nos antojaba no sólo alejado de los problemas reales, sino como aparato que servía para constreñir esa libertad en muchos más ámbitos.

Pues bien, de lo que voy a ocuparme aquí es de esa parcela de mundo que acota el derecho, aunque con un talante muy diferente al de mis años jóvenes. El derecho —querámoslo o no, lo sepamos o lo ignoremos— constituye un ámbito que nos afecta a todos. No es ya que un accidente de tráfico, un robo, un atraco o cualquier otra acción violenta y excepcional nos puedan